

Nunca Dejes de Bailar

Gabriel Darío Castillo Suescún

Sentir, pensar, andar, de aquí para allá, disfrutar, bailar, respirar, suspirar, inspirar y empezar de nuevo. A mis 24 años de edad, soy una profe de baile. Si pudiese describirme en una palabra, con total seguridad sería pertinaz. Fui terca siempre, y en un principio, tuve que empezar a impartir clase a escondidas de mi amado, admirado, a veces odiado, en ocasiones incomprendido, obstinado y déspota padre. Mi padre siempre ha sido un tipo duro de roer, un hombre conservador con un inexorable pensamiento retrógrado y a nadie, que difiriera de sus ideas, otorga la razón. Discutir, debatir, pelear, alegar, ceder, sollozar, resignarse, entender y evitar repetir el ciclo.

Terminé el colegio a los 17 años de edad y me inscribí en la Universidad Departamental para estudiar Negocios Internacionales, siguiendo las directrices de mi padre, quien se negó a pagarme una carrera diferente a esa, y los pasos de mi madre, una fructífera administradora de una empresa petrolera en el extranjero. Desde que tengo uso de razón, me ha gustado bailar. Soy algo inquieta y ansiosa. Desfogo mi energía inagotable haciendo pasos y dando giros. Moverme, sentirme, hacerme sentir, soltar, agarrar, dejar y nunca dar la espalda a mi sueño. Mi especialidad es el baile de salón, amo la salsa y el merengue, pero bailo casi de todo, hasta un himno, de ser necesario.

Recuerdo que la primera vez que le dije a mi papá que quería ser bailarina y profesora de danza, montó en cólera.

–Deje de decir estupideces, Violeta. La vida no es una película de Disney –dijo, furioso.

–Pero, pá...

–Pero nada, usted concéntrese en terminar el colegio y ojalá baje el rendimiento,

porque ahí sí me conoce.

Cuando cursaba el noveno grado, me inscribí en un semillero de baile de salón del colegio. Le pedí al profesor guardar el secreto con su vida y él me juró, por su profesión, que de su boca no saldría una sola palabra. Tener vocación, le llaman. Enseñar, aprender, investigar, explorar y no parar de crecer. Ensayábamos tres veces a la semana al finalizar la jornada de clases. Yo nunca faltaba, prefería estar al borde del desmayo a causa de una virosis que faltar a los ensayos. Una tarde en la que el cielo detonaba cargas eléctricas y descargaba abundante agua sobre la ciudad y los relámpagos como flashes fotografiaban mi mala suerte, llegué a casa emparamada, estornudando y titiritando de frío. Don Alberto, mi padre, me esperaba en la sala portando una cara de revólver recién cargado y sin seguro, listo para disparar una borrasca de sermones; una biblia moriría de ganas de tener tal cantidad de reprimendas impresas en sus testamentos. Intenté explicarle, mintiendo, obviamente, que me había quedado con unas amigas chismoseando afuera del colegio y, a la hora de despedirnos, nos pilló un aguacero. Realmente, había salido de un ensayo y no podía esperar a que escampara, dado que no podía llegar más tarde. Yo sabía que él no lo sabía, pero su instinto sobreprotector lo hizo enrojecer de ira.

–No me gusta que se quede dando lora por ahí. Del colegio se viene para la casa, ¿entendido? –dijo, iracundo.

–Sí, señor –respondí, vencida, oprimida y cabizbaja.

No tuve más excusas, así que no hubo más remedio que abandonar el semillero. No obstante, había aprendido lo suficiente para practicar y perfeccionar mi danza en casa. Cuando él se ausentaba por motivos de trabajo, ponía música a todo taco y hacía de la sala mi escenario, mientras mi abuela me observaba sonriente desde su silla de ruedas. Ella nunca intercedió por mí, sabía que mi padre es intratable, pero siempre fue mi cómplice. Ser, dejar ser, vivir, convivir, compartir, sugerir, callar, limitarse a observar y existir para apoyarnos. Amaba a esa señora.

El día de la entrega final de notas del noveno grado, la chismosa del salón le contó a mi padre que yo estuve gran parte de ese año en el semillero. Don Alberto me fulminó con sus pupilas, su cara decía “en casa arreglamos, jovencita”. Cuando llegamos a casa, tiró la puerta, intenté correr, pero me agarró, con fuerza desmedida, del brazo y me zampó una bofetada en toda la boca. Quedé estupefacta, del pasmo a causa de la reacción de mi padre no logré ni dejar escapar un sollozo. Me soltó, salí corriendo hacia mi habitación y me encerré, ahora sí, a llorar ríos de sinsabor. En la noche de ese mismo día, cuando me dirigía a la cocina a buscar algo de comer, pasé por la habitación de mi padre y escuché que lloraba. Él intentaba disimularlo con el volumen del televisor, pero yo identifiqué el sonido de su llanto.

Iba en séptimo semestre cuando mi abuela, a sus 89 años, empeoró y empezó a deteriorarse como si cada día pasaran dos años. Supo que estaba a pocos días de conocer asistir al llamado final, así que, con excesivo esfuerzo y temblando sobremanera, escribió una nota. Me dijo que la buscara en el cofrecito de su cuarto el día que la despidiera. Ver a mi abuela así me inquietaba y me entristecía enormemente. Mi única cómplice estaba siendo consumida por el tiempo y una decena de enfermedades diferentes. Dejar ir, soltar, morir un poco, morir un tiempo, retomar, reintentar y ver difuso el camino con dirección al futuro.

En el funeral de mi abuela, fue la primera vez que vi llorar a don Alberto, puesto que el día que me pegó en la cara, sólo lo escuché. Lloraba como una niña a la cual le quitaron su muñeca favorita. Inconsolable. No digo que yo estaba mejor. De hecho, no sé quién de los dos sufrió más la partida de la viejita. Volví a casa en el carro del servicio fúnebre, mi papá debió quedarse resolviendo los asuntos legales, no sé con qué cabeza lo hizo. Abrí la puerta y me dirigí, de ipso facto, al cuarto de mi abuela. Todavía olía a ella. Casi podía escucharla reír como cuando me veía armar mi espectáculo de baile en medio de la sala. Abrí el cofre puesto sobre su nochero y encontré la nota que escribió días antes. En letra algo ilegible logró escribir: “El hecho de que mis padres decidieran la totalidad de mi destino me atormentó toda la

vida. Por favor, nunca dejes de bailar”. No recuerdo haber llorado tanto en mi vida como en aquel momento, después de haber leído esa nota. Desde entonces supe lo que debía hacer.

Decidir, persistir, terquedad, necesidad, tal vez torpeza, pero es mi vida, prestada, alquilada o lo que sea, soy yo quien la vivo. Soy yo quien carga con mi pasado, quien da cara a mi presente y quien prepara mi futuro. Por eso, hoy en día, para no desperdiciar el tiempo invertido en la carrera y el dinero de mi padre, quien ahora padece de una salud quebrantada y lánguida, administro una empresa textil, pero también soy profe de baile y es lo que más disfruto hacer. Me despierto cada día, tempranito, tempranito, con la energía suficiente para ir a desempeñar mi cargo de administradora gracias al hecho de saber que en las noches estaré en el salón frente a mis alumnos, dejándoles un poco de lo que soy, otorgando mi experiencia, no sólo en cuanto al baile, sino en aspectos personales. Por eso, al iniciar cada clase, escribo en el tablero la frase que dejó mi viejita en la nota y que resuena en mi memoria desde aquella tarde fúnebre. Después, hago que mis alumnos la lean en voz alta y al unísono.